

Las llaves del baúl de los recuerdos

Por Javier Osuna Sarmiento



escuela virtual
.....
HISTORIAS EN
YO MAYOR
.....

Las llaves del baúl de los recuerdos

Por Javier Osuna Sarmiento¹

Una de las manifestaciones más poderosas del relato es la identificación. Cuando contamos una historia de nuestra vida, esta deja de ser una experiencia individual y pasa a convertirse en una experiencia colectiva. El relato no solo expresa nuestros sentimientos y emociones, también genera un efecto inesperado en el espectador, al punto de hacerlo llorar o reír como ocurre con un buen libro, canción, película o el arte en general. Se trata de un doble movimiento, el de quien se atreve a contar y el de quien atiende al relato: lo que parecía nuestro ahora es de todos y, al mismo tiempo, la historia de “ese otro” se relaciona con la nuestra al punto de hacernos sentir que también nos podría pasar o ya nos pasó.

Recuerdo, con enorme admiración, la primera premiación del entonces Concurso de Cuento Historias en Yo Mayor, un piloto pequeño que nació en Bogotá, en el año 2011, de la mano de la red de bibliotecas públicas de la ciudad y que dio curso a la Escuela Virtual que hoy nos convoca. Entre el grupo de personas mayores ganadoras se destacaba Oliva Marmolejo, una mujer trigüeña de acento valluno que obtuvo el tercer puesto en la categoría de narración oral con un relato profundamente doloroso llamado “Mi infancia en tiempos de la violencia”.

Siendo niña, Oliva fue intimidada por un grupo de hombres armados que la obligaron a entregar información sobre sus vecinos liberales para, posteriormente, asesinarlos. Por muchos años cargó con el peso de sentirse cómplice del crimen. Lo hizo en silencio convirtiendo en secreto este episodio de su vida. Después de ver su historia proyectada en una pantalla gigante en la biblioteca de El Tunal, subió a la tarima para recibir su premio y expresó el enorme alivio que sentía al ver cómo una historia que había cargado con tanto sufrimiento y dolor le permitía sentirse feliz.

Pero el asunto era todavía más complejo. Ver su relato y, al mismo tiempo, percibir la reacción del público le permitió entender que solo era una niña cuando fue manipulada por un grupo de bandoleros; en otras palabras, le ofreció una perspectiva distinta a la de su propio recuerdo. No se trataba de perdonarse sino de entender que no tenía nada que reprocharse; adicionalmente, su historia se reflejaba ahora en la experiencia de muchos otros adultos que vivieron el conflicto siendo

^{1*} Magister en investigación social interdisciplinaria; Comunicador Social y Periodista. Autor de los libros “Me hablarás del fuego” y “Cartas de ceniza”. En 2009 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, el mismo año obtuvo el Premio Nacional de Periodismo CPB (Círculo de Periodistas de Bogotá). Actualmente se desempeña como coordinador de proyectos de la Fundación Fahrenheit 451, también como docente universitario.

niños y que ahora se acercaban a expresarle su admiración y respeto, entre ellos, los integrantes de su familia.

“Yo creo que ha sido el día más feliz de mi vida porque cuando yo me vi en esa pantalla, allá en el teatro, mejor dicho, yo no podía creer. Lloré de la alegría de saber que yo, con esa historia que me había cargado tanto pesimismo, tanta culpabilidad en mi vida y verme yo en esa pantalla, mejor dicho, para mí fue lo más grande que me haya sucedido”, aseguró años después en una entrevista cuando adaptamos su relato al formato de [radiocuento](#).

Pienso en cuántas historias de nuestra vida se encuentran guardadas, con llave, en el baúl de los recuerdos. Gran parte del dilema radica en que estamos convencidos de recordar las cosas “tal cual pasaron”, seguros de sostener en nuestra memoria los detalles de los acontecimientos y las circunstancias que rodearon nuestras acciones. Lo peligroso de esta sensación, casi siempre equivocada, tiene que ver con que al no transmitir a nadie esos episodios dolorosos de nuestra vida, las emociones, e incluso los juicios que podemos realizar a nuestra conducta, se empozan como el agua de una vertiente estancada por la vergüenza que sentimos de habernos equivocado.

Además de la identificación, cuando nos atrevemos a contar, se producen dos fenómenos profundamente poderosos. Se desvanece el velo de nuestros secretos y, adicionalmente, podemos nombrar lo sucedido con la distancia que no nos permitió la experiencia. Puede sonar complejo, pero la narración desdobra al sujeto que cuenta, lo obliga a construir relato de algo que vivió como si le sucediera a otro para poder transmitirlo a los demás, incluso cuando lo hace en primera persona.

Esta es una de las razones por las que siento tanta admiración por el relato testimonial; es decir, elaborado sobre la base de la experiencia de vida. Al igual que ocurre con un paciente y su terapeuta, en las condiciones indicadas, contar confiere una segunda oportunidad en la tierra a los recuerdos dolorosos y/o que decidimos olvidar. Lo verdaderamente fantástico es que esa experiencia íntima se desborda para interpelar también a quien escucha, motivándolo a contar su propia historia.

No hay relato que se construya sin la necesidad o la esperanza de comunicar a otro, incluso al mismo autor. Contar sobre la propia vida es al mismo tiempo convertirse en personaje de una historia susceptible de transmitirse y, al convertirnos en sus protagonistas, capaz de debilitar los muros que resguardan el secreto de quien narra, también de quien ve, lee o escucha.

“mi amor es un ensayo”

Muchas cosas cambiaron en el año 2020. La pandemia del COVID-19 trajo una serie de hondas transformaciones en la vida de los seres humanos, especialmente en las personas mayores. Ante la incertidumbre de los efectos del virus, aún sin una alternativa para enfrentarlo, varios países optaron por medidas restrictivas que confinaron a millones al perímetro de sus viviendas.

Esta fue la razón principal por la que el Concurso de Historias en Yo Mayor pasó a convertirse en Escuela Virtual, las fundaciones Fahrenheit 451 y Saldarriaga Concha quisimos invitar a quienes no podían romper con el encierro a hacerse libres a través de la narración de historias. De allí el lema que por tantos años acompañó las actividades de este proyecto: “la creatividad no entra en cuarentena”.

Dentro de los cientos de personas mayores que participaron del proyecto se encontraba María Inés Sarmiento de Osuna, mi mamá. Quisiera referir un aprendizaje más que ha dado a mi vida partiendo de su experiencia, lo hago también convencido de que no existe un indicador más elevado para una iniciativa social que la participación directa de quienes amamos. Yo tuve ese privilegio, y considero importante compartir a quien lea estas páginas algunos aspectos claves del antes y el después.

Como muchas personas, los primeros meses de pandemia sostenía comunicación diaria con mi mamá a través del teléfono ya que no existía la posibilidad de vernos en persona. Con el paso de los días nuestras conversaciones comenzaron a entrar en una especie de limbo, como si no tuviéramos nada nuevo que contarnos. Apenas se consolidó el proyecto de la Escuela Virtual la invité a participar, ni yo mismo me imaginaba en qué forma el proyecto iba a cambiar su vida y la mía.

Quienes han participado de la experiencia de la Escuela Virtual saben que metodológicamente dividimos las aulas virtuales en grupos de 15 a 10 personas, esto con el fin de poder seguir su proceso de escritura de cerca, de forma íntima. Me sorprendí al enterarme de que estaría a cargo del que le fue asignado a mi mamá. Lo pienso ahora y me sigue pareciendo maravillosa la idea de compartir en un aula con nuestras madres. Cómo se corrige a quien nos parió para la vida, si alza la mano para participar y no activa el micrófono, cómo pedirle que ceda la palabra a otro compañero sin que se ofenda... la lista de posibles circunstancias era innumerable.

En pocas semanas, mi mamá, una mujer de 72 años que no usaba regularmente su celular y mucho menos el computador, pasó a seguir de cerca los diferentes componentes del proyecto; para mi sorpresa recibí un primer correo electrónico suyo, de una nueva cuenta (especialmente creada para la clase), con el título “mi amor es un ensayo”. Su mensaje advertía “estoy aprendiendo” y traía adjunto un archivo con texto de prueba.

Los mails siguieron llegando cargados de historias que me permitían explorar facetas desconocidas de su vida. Entre ellas recuerdo un hermoso poema dedicado a la memoria de mi padre César Augusto Osuna, fallecido el 13 de marzo de 2010. Llevaba por título “Correo al cielo”:

Hoy te escribo

No nos alcanzó la vida

Han pasado 10 años desde tu partida

Y es en el recuerdo

Siempre amado
Siempre deseado
Nunca olvidado
Siempre presente
En esta luz que encendiste en mí
Y que solo se apagará con el fin de mi existencia
Te amé
Como solo se ama una vez
Por eso hoy te digo:
Gracias
Por los hijos maravillosos que me diste
Por la vida que compartimos
Por tu amor y ternura
Por tu ejemplo de lucha tenacidad y esperanza
Y gracias
Por seguir siempre a mi lado
Gracias, amor

Muchas veces tuvimos la oportunidad de hablar con mamá de nuestros sentimientos tras la muerte de papá; sin embargo, jamás pudo expresar con tanta precisión el peso de su ausencia y su agradecimiento con él como lo hizo en este poema: en medio del tedio habíamos encontrado en el relato un refugio que nos hacía libres.

Del miedo a prender el computador y el temor eterno de borrar toda la información oprimiendo con una tecla diabólica, mi mamá pasó a comprarse un computador más moderno que el mío para poder seguir de cerca y mejor las clases del proyecto. Ese gesto inesperado me permitió entender que lejos del afecto que toda madre tiene o en ocasiones finge tener por las ideas de sus hijos, había algo que estaba ocurriendo en su vida como resultado de la Escuela Virtual. Ese algo eran las personas con las que compartía semana a semana sus relatos. Ya no se trataba de mí o de ella.

A sus 72 años mi mamá participaba de un grupo virtual en compañía de su hermana Lucía Sarmiento, el novio de su hermana y 15 nuevos amigos. Eran una “pandilla” de lectores voraces y autores apasionados que compartían sus impresiones sobre la cartilla de la semana y la historia que habían escrito.

Cuando el fin del ciclo de la Escuela Virtual se intuía inminente, ocurrió un nuevo giro inesperado. Mi mamá y su grupo de escritura habían decidido escindirse de nuestra guía y seguirían reuniéndose por su cuenta, en persona, para seguir compartiendo sus historias bajo el liderazgo de Luis Eduardo Gama, compañero de curso y padre de Sergio Gama, amigo entrañable y coautor de esta cartilla. Como quien dice, ya ni el proyecto ni el profesor eran necesarios.

Cada vez que pienso en el proyecto de la Escuela Virtual agradezco a la vida permitirme conocer y disfrutar de tantas personas maravillosas. En menos de 5 años he tenido el privilegio de acompañar el proceso de escritura de amigos íntimos de mi papá que casualmente ha pasado por mis aulas, también mis suegros Luis Orlando Rojas y Sonia Álvarez han participado en este maravilloso proyecto.

Sin embargo, me gustaría referir una anécdota final sobre los efectos cercanos de esta familia llamada Historias en Yo Mayor en la vida de mi mamá. Una hermosa, en la que las cosas se ponen en orden y, de profesor, paso nuevamente a aprendiz.

Hace 8 meses visitaba a mi mamá en su apartamento durante el fin de semana. Antes de comenzar a hablar me dijo que le gustaría leerme un texto que escribió para su grupo de escritura. Procedió a buscar un cuaderno donde consigna sus escritos y me leyó una historia conmovedora de una niña campesina que, al regresar a casa, encontraba a su familia asesinada y decidía huir al monte.

Al igual que Oliva Marmolejo, mi madre vivió de cerca la llamada época de la violencia política. En muchas ocasiones hablamos de las dificultades que obligaron a mi abuelo Daniel Sarmiento, quien sobrevivió a un atentado, a dejar su tierra y establecerse con la familia en la ciudad de Bogotá donde, poco a poco, se fue apagando lejos de la rutina de la finca y sus placeres diarios.

En la mitad de la lectura mi mamá comenzó a llorar. Antes de que pudiera preguntarle por el motivo de su llanto me miró a los ojos y me dijo. “No sé por qué estoy llorando si esta niña no existe”. Mi madre leía una historia que partía de su comprensión del mundo, pero la historia hablaba de la infancia atravesada por el conflicto en el presente de nuestro país. No se trataba de un relato biográfico, pero esto no resultaba un impedimento para conmoverse por la lectura de sus propias palabras. No en vano el premio Nobel José Saramago se definía a sí mismo como “creador y criatura” de sus personajes.

Inmediatamente me interpeló una idea que intento transmitir a quienes participan de la Escuela Virtual. Desde mi experiencia acompañando procesos de escritura me sorprende que, en la medida en que avanzan las sesiones, las personas comienzan a relacionarse de una manera tediosa con el acto de escribir, como si lo sufrieran (y me incluyo).

No pretendo simplificar las complejidades que rodean este oficio: los días malos en los que no nos sale una idea, el miedo a la página en blanco, los bloqueos creativos, etc. Pero sí existe una primera condición en la construcción del relato que considero indispensable a la hora de saltar “al abismo” de la escritura y es que este posea algo de nosotros mismos (y no me refiero exclusivamente a nuestra experiencia de vida). Por encima de la forma o la gramática, sabemos que hemos construido un párrafo o un verso en el que nos vemos reflejados, como en un espejo de agua, cuando somos capaces de conovernos con él, cuando toca nuestros sentimientos. Podría decirlo de una manera más sencilla: si el texto que escribimos no consigue removernos a nosotros mismos, cómo podría tocar a los lectores.

Parece una obviedad establecer una relación profunda entre los sentimientos y la escritura, lamentablemente las palabras pueden usarse también para escondernos, para mostrarnos inteligentes, sofisticados, para confundir.

El primer editor de un texto es el autor, y como alguna vez nos compartió el reconocido escritor José Zuleta en uno de los conversatorios de la Escuela Virtual “el maestro es el texto”. Creo que uno de los aciertos de este proyecto radica en explorar la profundidad del relato, más allá de la obsesión con la ortografía o los géneros, haciendo énfasis en la conmoción emocional que supone el esfuerzo de escribir y la valentía de compartir lo escrito.

Mi madre, María Inés Sarmiento, y Oliva Marmolejo, saben mucho de esto. Al final no se trata solo de escribir una historia para que se quede anquilosada en un cajón del escritorio. El sentido completo de la escritura ocurre, al menos para mí, cuando alguien convierte en paisaje el relato de otro. Y no hay paisaje sin espectador.

“Agúzate que te están velando”

Cuando se nos invitó a escribir este breve texto sobre nuestra experiencia pedagógica tras estos ya casi 13 años de Historias en Yo Mayor, pensamos, junto con Sergio Gama y Mauricio Díaz, que sería una buena oportunidad para dedicar tiempo a esas pequeñas particularidades que, compartiendo un fondo común, hace de nuestras metodologías tan diferentes y al mismo tiempo complementarias: los matices de cada uno en el aula.

En mi caso la música es un elemento indispensable para el desarrollo de la clase, por eso suelo tener una guitarra a la mano. He descubierto que cantar para los asistentes, al iniciar la sesión, constituye un instrumento fundamental para deconstruir la relación acartonada del maestro y el profesor que habitualmente nos ofrece el paradigma de la educación tradicional. Por eso permanentemente advierto a los miembros de la Escuela Virtual que soy apenas un acompañante de su proceso de escritura, no el maestro o el profesor.

Hay al menos tres cosas maravillosas que ocurren cuando cantamos a los demás.

En primer lugar, trascendemos del umbral del ridículo: exponemos nuestra propia fragilidad y gustos a través de un gesto, el del canto, que muestra el cariño que sentimos por quien tenemos delante, aun sin conocerlo a profundidad. Norman Sims habla de la “máscara de los hombres”, esos pequeños trozos de realidad que, en conexión simbólica, terminan siendo fundamentales a la hora de contar una historia. No se puede cantar sin exponerse, es por eso que siempre busco una canción que trate el tema que voy a desarrollar en la sesión, porque entiendo que el primer gesto de quien pretende abrir el corazón de un desconocido para que se anime a contar es abrir el suyo; volviendo a Sims, a través de la música nos quitamos las máscaras que traemos puestas, de paso abrimos, con el ejemplo, las puertas a un espacio donde podemos compartir más allá de nuestras prevenciones y fallas.

En segundo lugar, cuando cantamos establecemos nuevas relaciones con el tema propuesto. Ahorramos tiempo ofreciendo una alternativa diferente a lo que la cartilla o nuestra planeación de clase propone. Como no hay una única forma de interpretar el significado de una canción, la música puede abrir caminos inesperados, podría definirlo como un sano espacio para la improvisación en el que quien escucha puede inferir y ofrecer su punto de vista partiendo de un estímulo externo. Puede parecer increíble, pero algunas veces me he sorprendido cantando en coro con los asistentes canciones de Chavela Vargas o Hernando Marín. Más que un espacio de distensión, el canto ofrece un canal de comunicación que reafirma el valor de la participación y el papel que juega cada uno en el espacio, favorece la transmisión sutil de sentimientos y aporta una gran diversidad de significados; lo hace, además, en poco tiempo, un variable fundamental para una propuesta pedagógica de siete semanas donde cada minuto cuenta.

En tercer lugar, cuando cantamos obligamos a los presentes a aguzar la escucha. Puede parecer trivial, pero el ritmo de la vida diaria con sus problemas y afugias, incluso estos tiempos postpandémicos suponen un auténtico reto en materia de atención. Esto sucede porque nos acostumbramos a estar sin estar, podemos asistir a tres encuentros virtuales mientras cocinamos, leemos o paseamos al perro.

Hay un fenómeno del que me gustaría hablar especialmente al que se llega a través del canto. Una de las dificultades de la pedagogía en la era digital tiene que ver con que le hablamos a un montón de círculos anónimos en la pantalla, si es que el nombre de estudiante figura con el del usuario conectado (es importante destacar que varias personas mayores se conectan desde el teléfono de la hija o el computador de un familiar). He hablado de esto con otras personas y me dicen, a modo de burla, que las clases virtuales se convierten en auténticas sesiones de espiritismo, nos la pasamos más tiempo preguntando si alguien está conectado que comunicándonos efectivamente: “¿Pedro, estás ahí? ...”.

He aprendido que cuando canto no solo ayudo a concentrar la atención de escucha del grupo, sino que paulatinamente los puntos habitualmente inertes de la pantalla prenden sus cámaras. No tengo claro qué motiva este comportamiento, quizás la intención de mostrar su respuesta corporal al canto, pero lo que puedo ver es que, con el paso de las sesiones, se vuelve una práctica frecuente,

disponen de un espacio aislado que les permite escuchar apropiadamente, ya no solo la canción sino el resto de la clase.

A través de la música rompemos con las relaciones limitantes de la pedagogía tradicional (conociéndonos mejor); favorecemos la empatía; aumentamos las interpretaciones posibles sobre el tema a tratar y desarrollamos nuevas dimensiones de escucha. Se parece al sentido literal de la expresión acuñada por los legendarios salseros Richie Ray y Bobby Cruz: “Agúzate que te están velando”. A través de la música, también en el aula, despertamos para la vida y la escritura.

Un motor de cambio cultural

Es apenas evidente que una Escuela Virtual que asigna a la forma oral y escrita el mismo valor en la construcción del relato se convierta en un espacio de colisión entre diversos sistemas de pensamiento y creencias. En las aulas del proyecto coinciden personas de diferentes orígenes con intereses y conocimientos igualmente diversos. Perfectamente un colombiano que reside en el extranjero y quiere contar sus experiencias de vida en Praga puede encontrarse con otro dedicado a las labores del campo que se comunica desde un punto estable de conexión en su vereda para hablar sobre remedios tradicionales.

Los mundos mencionados anteriormente pueden parecer, a primera vista, desconectados; sin embargo, parte de la riqueza de la Escuela Virtual tiene que ver con los puentes que se construyen entre aparentes opuestos.

Recuerdo con especial cariño la experiencia de un grupo en la cohorte del año 2022. En ese entonces tuve la fortuna de acompañar un grupo de 20 personas, 7 hombres y 13 mujeres, varias de ellas líderes comprometidas con los derechos humanos y organizaciones feministas que incidieron en importantes procesos de transformación en el departamento de Antioquia. Desde las primeras sesiones se presentaban tensiones cuando brotaban los estereotipos negativos que habitualmente se usan para describir y limitar a la mujer como la fragilidad, la vanidad, la inestabilidad, incluso la maternidad como único sentido de la existencia. Uno de los participantes, criado en un entorno rural en Boyacá, cuyo nombre preservo por respeto a su intimidad, espetaba con frecuencia ideas machistas que rápidamente eran respondidas por sus compañeras.

Muchas veces me interpelé a mí mismo sobre la forma en la que estas discusiones se presentaban, limitando mis intervenciones a hacer visible el complejo mundo que componía la vida de cada uno de los participantes (un ejercicio que considero infinitamente más eficiente y provechoso que el del juicio moral). Afortunadamente, en la medida en que las sesiones pasaban, algo inesperado ocurrió. Poco a poco las famosas sentencias del compañero fueron abriendo camino a un poderoso proceso de aprendizaje en el que, con la ayuda y paciencia del grupo, la situación no solo pudo sortearse favorablemente, sino que dio paso a una importante transformación cultural. Quien antes veía a la mujer desde los estereotipos de su crianza, pasó a aprender de sus compañeras y a integrar a sus intervenciones un sano cuestionamiento del origen de sus ideas machistas.

Estos procesos de cambio, tan necesarios para una sociedad más justa, fueron posibles al mismo tiempo en la medida en que sus compañeras entendieron la situación, sin ceder su posición, pero expandiendo la percepción de las intervenciones más allá de sus prejuicios. Valorando, por ejemplo, su responsabilidad con los trabajos de cada semana, también la forma en la que amorosamente estaba pendiente de la salud de los demás recomendándoles efectivos remedios caseros.

En este proceso de cambio cultural jugaron también un papel importante los otros hombres del grupo que fungieron como un espejo capaz de cuestionar sus propias convicciones. Entendía ahora que nos todos pensaban como él y que, como todos, nuestros procesos de aprendizaje están intermediados y limitados por nuestro entorno y sistemas de creencias.

La Escuela Virtual es un laboratorio vivo de cambio cultural. A lo largo de estos 4 años he sido testigo de cómo dogmas religiosos, posturas xenofóbicas y homofóbicas se transforman en el encuentro con el otro. Me siento muy afortunado de acompañar un espacio en el que los integrantes sienten que pueden mostrarse como son y, al mismo tiempo, transformarse en el encuentro con los demás. Un gesto que agradezco se permita y nos permitamos en una edad avanzada donde con frecuencia escuchamos repetir el famoso y equivocado refrán de “loro viejo no aprende a hablar”.

Este proyecto sostiene un importante puente de comunicación entre saberes de la modernidad y saberes ancestrales (todos con sesgo y preconcepciones). Contrario a lo que podría pensarse, no se trata de una confrontación, en medio de un modelo pedagógico donde la bibliografía es la vida misma de quienes se han animado a contar; se trata más de una diversidad que nos abraza e invita a aprender y desaprender. Un lugar donde nadie puede ver al otro por encima o debajo del hombro.

En el año 2015, cuando la Escuela Virtual era aún un concurso de Cuento y Narración Oral, grabamos una serie de bellísimas historias orales en la región de los Montes de María. Uno de los ganadores, que obtuvo Mención de Honor, fue Manuel Esteban Anaya, un vendedor de chance del departamento de Sucre con una canción de su propia inspiración llamada “La Chicunguña”. El tema, interpretado con una trajinada guitarra roja, puede apreciarse en [este enlace](#). Es un jocoso resumen de los síntomas de una enfermedad que cobró la vida de miles de personas y que, en ese entonces, le evitaba acercarse a su pareja.

El día de la premiación en San Basilio de Palenque, territorio declarado por la Unesco Patrimonio Cultural de la Humanidad, ante cientos de personas, Manuel interpretó su canción, incluidos grupos musicales de increíble importancia y reconocimiento en nuestro país como Sexteto Tabalá y Las Alegres Ambulancias. Debo confesar que sentía temor de la reacción de los asistentes ante la interpretación de un músico empírico que se enfrentaba a un escenario solo acompañado exclusivamente por su guitarra.

Mis temores fueron interrumpidos por un gesto de enorme profundidad que sorprendió al público. Antes de iniciar su interpretación, sacó la guitarra y empezó a insultarla delante de todo el auditorio, como si se tratara de un amigo que necesitara ser increpado para reaccionar del letargo.

Concluido el ritual, explicó a quienes lo miraban: “Me toca así porque a veces se queda callada”. El resto es historia. El público terminó coreando el pegajoso y coloquial coro de la canción, incluso prometió para el próximo año tener la continuación del tema, la parte dos.

Vuelvo sobre este ejemplo para evidenciar cómo la colisión de la diversidad supone no solo la transformación de quienes se acercan y recogen las historias difundidas por Historias en Yo Mayor desde 2011. Este proyecto supone también la creación de rituales nuevos, eso que brillantemente vaticinó el poeta Gonzalo Márquez Cristo en su libro “La palabra liberada”: una tradición que no se agota en el recuerdo, sino que nos invita a crear en el presente como una estrategia de preservación y transformación de la vida.

Resultan inagotables las vías y estrategias que condicionan nuestro acceso al baúl de los recuerdos, sus llaves. Que el objetivo de esta tarea parezca inabarcable no debe desilusionarnos, pues solo animándonos a buscarlas y tanteando sus contornos podremos encontrar la adecuada. Parece en ocasiones un juego de acierto y error, pero es más profundo. Nuestra esperanza reposa en la certeza de que no existen dos cofres iguales.